

“Yo no vengo a decir un discurso”

A pesar de la negativa de su padre por considerar a su pretendiente “un mal partido”, Luisa Márquez consiguió que él capitulara y terminara por aceptar la consolidación del vínculo. Al tiempo nació Gabriel, en el departamento de Magdalena, Colombia, un domingo de principio de marzo de 1927, a las nueve de la mañana. Ese nacimiento fue fruto de un amor que se había gestado mediante serenatas de violín, poemas de amor, innumerables cartas y su inminente insistencia.

Un año después de que naciera Gabriel, su padre decidió la mudanza del matrimonio por razones laborales y dejó al pequeño a cargo de sus abuelos, quienes lo criaron y le transmitieron esa influencia por las letras.

Desde antes de su gestación, el entorno de Gabriel tenía una íntima relación con lo poético, los textos literarios y los epistolares; aspectos que posiblemente le asignaron el destino cerca de los libros, la narrativa y lo poético. Desde su nacimiento, Gabriel era, en esencia, un escritor.

Envuelto en un mundo imaginativo de fantasmas, apariciones, señales y supersticiones, Gabriel escuchaba a diario los relatos de boca de su abuela Mina que versaban sobre historias sobrenaturales, presencias asombrosas y situaciones completamente fuera de lo común. Sus días amanecían con sabor a relatos fantásticos y café con leche y sus tardes se llenaban de sol y cuentos de vientos eternos que traían personajes realmente increíbles.

Con apenas ocho años cumplidos pudo sentir el dolor de las pérdidas y el desarraigo afectivo al sufrir la muerte de su abuelo con quien se había criado y de quien había recibido las lecciones más importantes de la vida.

Y allí su mundo se llenó de personajes de fantasía que daban vuelta por la casa conversando con él y con aquellos seres que esporádicamente aparecían y desaparecían entre las cortinas, los pasillos y las puertas de aquella casa tan grande donde se podía conversar con quien se quisiera y se podía ver a quien uno deseara encontrar, o crear.

Entre charlas inexistentes con personas a las que solo él veía, se fueron comenzando a escribir sus historias en los renglones de su cuaderno de tapas verdes que la abuela le había regalado hacía tiempo.

Desde chico y para siempre, sus días, tardes, noches y madrugadas se volvieron el momento ideal para volcar en palabras los sentimientos más profundos que guardaba su alma, los dolores más hirientes que surcaban su corazón y los momentos de plena felicidad que quedarían para siempre tallados en su memoria y le servirían para poblar de libros varios estantes de una biblioteca..

Hoy, 87 años después de esa mañana de finales de verano en que nació, se fue entre los personajes de sus historias y los de las historias de su abuela; en un otoño dorado, se fue recorriendo senderos imaginados, dejando huellas en los caminos de la imaginación de otras personas que por su influencia, la de sus fantasmas o la de alguna otra abuela, recorren con palabras y sentires los renglones libres de un block de notas, haciendo posible cualquier relato imposible.

Después de él, de lo que nos dejó, no habrá más “100 años de soledad”, ni coroneles a quien nadie les escriba, y tal vez el General no esté en su laberinto o no se lo vea porque lo haya

cubierto “la hojarasca”. A nadie se le ocurrirá cronicar “una muerte anunciada”. Se elegirá el amor en todo tiempo, aún en los del cólera y no “al amor y otros demonios...”

Se irán las “cándidas Eréndidas con abuelas desalmadas” y vendrán más “Gabos” con abuelitas como Mina. Y el otoño, ya no será de las hojas secas... Será “el otoño del patriarca”, desde aquella hora de abril en que se fue... “La mala hora...”

Lo bueno, claro, es “Vivir para contarla”...